RESETEAR el AÑO

Una novela sobre los márgenes de lo real y el peso de lo que no podemos elegir.

Carolina Pezzente

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

"El hombre puede hacer lo que quiere, pero no puede querer lo que quiere."
— Arthur Schopenhauer.

*"*Como *máquinas, simplemente no podemos percibir lo atroz que es ser una máquina."*
— Del blog *The Negative Psychologist* (traducido por mí).

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Parte 1 — El descubrimiento

Bajo del bondi y el *tac-tac-tac-tac* del granizo me recibe. Las zapatillas se empapan antes de llegar a la esquina. Corro hasta la parada de taxis y me meto adentro. Hay una chica sentada de espaldas al vidrio con el celular. Una pelirroja con rulos, pantalón de gimnasia bordó y una remera naranja que dice “My job is to kill Daemons”. No la conozco, pero tengo la sensación de haberla visto antes.

Me tiro en la silla de enfrente. Trato de recuperar el aire. Son las 23:40. La pantalla de mi teléfono marca 3% de batería. La radio de la parada reproduce rock pesado, ahogado por el ruido constante del granizo golpeando el techo de chapa. En este momento (creo que) escucho a la chica de la canción cantar algo en inglés como que había crecido y notó que había estado viviendo en... nosequé[1].

—¿A qué te dedicás? —le pregunto, intentando sacudirme los nervios por llegar tarde a la fiesta de Año Nuevo.

Ella no aparta la vista de su pantalla.

—A... limpiar.

—¿Y te gusta?

—Ehhhh... sí.

—¿Vos, Iris?

Me tenso. No me presenté. Bajo la mirada hacia mi pecho. Acomodo mi medallón de San Benito.

—Publico contenido en un blog. Para la Iglesia.

Afuera pasa un taxi. Sigue de largo.

—¿Puedo saber qué estás haciendo? —insisto, cansada del golpeteo frenético de sus dedos.

Suspira.

—Estoy jugando al Buscaminas. Hay un tablero con minas escondidas. Tu trabajo es despejarlo marcando las minas con banderitas. Si abrís una, perdiste.

—¿Y qué pasa cuando perdés?

—Vuelvo a empezar. O empiezo un nuevo tablero.

Me enderezo. La respuesta es simple, demasiado literal.

—A veces pienso que la vida es un juego de Buscaminas —murmuro, más para mí misma que para ella—. Al final, siempre hay un nuevo tablero.

Alana me clava la mirada. Abre la boca, pero no emite ningún sonido. En cambio, la "escucho" pensar, resonando clara y nítida dentro de mi cabeza:

¿Cómo puedo explicarle?

Me quedo helada.

—¿Explicar qué? —suelto de golpe.

—Este... explicarle a mi mamá que no voy a llegar a tiempo —tartamudea ella en voz alta, sobresaltada.

---

[1] Se refiere a *Father Said*, de Red Handed Denial.

—No me mientas. Estabas hablando de mí. ¿Qué es lo que me tenés que decir?

Vuelve al celular. Hay una urgencia nueva en sus movimientos.

—No te preocupes. Ya lo vas a entender. Pero no me distraigas. Esto es importante.

Sigue tecleando. Vuelvo a mirar la calle. El auto blanco está estacionado enfrente. ¿Es el mismo de antes? Miro la patente: “FIN 000”. Parpadeo. El auto arranca y desaparece bajo la lluvia.

—¿Ese no era el mismo auto? —pregunto. —No —responde ella, sin mirar.

Escucho el motor de otro coche acercarse. No frena. Un graffiti en la pared de enfrente reza: “Feliz 5052”. ¿Cinco mil cincuenta y dos? La cifra me desorienta. Vuelvo a mirar mi celular: 23:49, 1%.

El tecleo se detiene. Alana levanta la vista.

—¿Sabés una cosa? Necesito decirte algo. Nos conocemos de otro mundo.

—¿Hay otro mundo?

—Sí. Es cuestión de pensar un poco más...

ERROR[2]. Reintentando...

—¿Hay otro mundo?

—No importa —dice ella, con una mueca de resignación que no encaja con la situación—. Dejame seguir. Casi lo tengo. Solo falta la última mina.

Me hundo en la silla. Cierro los ojos, tratando de ignorar el cansancio. Cuando los abro, otro auto blanco estaciona enfrente. Patente: “MAT 716”. Con una mancha blanca delante del 7.

Por la vereda mojada camina una pareja. Se detienen, levantan un celular para sacarse una selfie, y me doy cuenta de que no tienen cara. Sus rostros son óvalos lisos, texturas planas sin ojos ni boca.

Me aferro a los bordes del asiento. Toco la pierna de Alana y le señalo a la pareja con la pera.

—¿Lo ves o no lo ves?

—Sí, lo veo. Esto no da para más. Cada vez está peor.

—¡Es una pareja sin cara! ¿No es raro?

—A este punto, no. Dejame terminar.

Miro el reflejo de la pantalla de Alana en el vidrio de la garita. No hay cuadrados grises ni banderas rojas. Son líneas de texto en letra monoespaciada.

—¡Sí, lo hice! —grita ella, rompiendo el silencio—. ¡Superé la resistencia!

---

[2] ERROR: Una conexión existente fue cerrada forzosamente por la usuaria. Está rehusando la carga de escenario. Esto no es un fallo del sistema, es una elección.

~$ sudo sim reconnect --force- overwrite

Reiniciando Parámetros de Interacción…

Desactivando Detección de Metaconciencia…

Intentando Carga de Escenario: 'Fiesta de Año Nuevo a Tiempo’…

Un hombre pasa caminando y se gira a mirarnos con fastidio (él sí tiene cara). Alana enrojece y baja el tono de voz.

—Leé esto —me dice—. Es muy importante.

Una ventana flotante negra, con bordes definidos pero carente de pantalla física, se materializa en el aire a centímetros de mi cara. El texto comienza a imprimirse en letras rojas:

“Iris, estás en una simulación. Sé que suena tirado de los pelos, pero es la verdad. Soy tu amiga del mundo real, y mi trabajo es asegurar que esto funcione. Estás en coma profundo hace casi tres meses por un accidente de tránsito. Programaron este mundo digital, basado en tus recuerdos, para mantener tu mente activa. Los médicos ven mejoría física, pero tu conciencia se resiste a despertar. Te negás a aceptar la realidad. Hay fallos en el sistema: déjà vus, patentes erróneas, gente sin cara. Los provoqué yo. Temo un colapso del sistema cerca del "reinicio del año", lo que borraría tu conciencia. Necesito que empieces a cuestionar todo. Es la única forma de fortalecer tu conexión y sacarte de acá."

Termino de leer. El granizo, el frío, la silla de plástico, todo parece volverse de papel. ¿Un coma? ¿Mi vida entera reducida a un archivo ejecutándose en un servidor médico?

—¿Cómo es posible que seamos amigas y no nos conozcamos? —le digo, sintiendo que me falta el aire.

—Es parte de tu resistencia —escucho su voz directamente en mi cabeza—. El sistema te borró la memoria para mantenerte estable, en tensión cero. Soy un avatar de la Alana real.

—Las patentes... ¿Cambiaban por error?

—Por error del servidor y porque yo intentaba dejarte pistas. Lo del Buscaminas era una fachada. Estaba escribiendo código.

Busco desesperadamente cualquier signo de mentira en su cara, pero la urgencia de sus ojos es devastadora.

—¿Qué recordás de mí? —la desafío.

La fachada de seguridad técnica de Alana se resquebraja. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Una vez fuimos a la plaza. Me contaste, con ese temblor en la voz que todavía me suena, que tu mamá te había dicho que eras tan, pero tan inútil —Apreta los puños con una fuerza que le blanquea los nudillos, sus ojos se ponen más vidriosos, luchando por contener las lágrimas que amenazan con desbordarse. —Que ibas a terminar matándote por inmadura y que, por eso, por ser una carga, por fallar a sus expectativas, ibas a merecerte terminar en el infierno. Un infierno, no como metáfora, sino el de verdad. Te preocupaba la forma en que te hacían sentir en tu casa, ese ambiente. Y hasta ese momento... —Se traba, el aliento se le corta en la garganta. Inhala de golpe, un jadeo angustiado que rompe el silencio— Hasta ese momento yo te venía diciendo, con esa estupidez de la inexperiencia y de estar metida en un quilombo un poco menos quilombo que el tuyo —El ritmo al que habla se precipita—, “Pero es normal, nena, a mí también me tienen literalmente con un programa de GPS”, a mí también me tratan como si

fuera una extensión de su voluntad y no una persona. Yo pensaba, de verdad pensaba, “Si todos los padres deben tener esas expectativas enfermizas sobre cómo vestirte, a qué hora volver, qué te tenés que tragar o cómo deberías comportarte para mantener a la familia segura o presentable”. Creía que esa presión era el precio de tener padres, ¿entendés? Pero cuando me explicaste que no te dijo “te voy a matar” como dicen tantos cuando quieren ser un poco dramáticos, cuando entendí que era literal, que no era solo la frustración de una madre, sino una sentencia que esperaba la condenación eterna... cuando entendí, por muy buenas intenciones que ella tuviera con el comentario, que la inutilidad y tu supuesta inmadurez era su justificación para el maltrato, que la palabra infierno había salido de su boca con una frialdad espeluznante y vos contabas que te quedaste rígida y no sabías qué responder... Eso me hizo... No te imaginás la rabia que sentí. Rabia de que te traten así, de que te anulen de esa manera. Y que encima... —Se sorbe los mocos ruidosamente— Que encima cuando me lo contaste te lo creyeras. Que interiorizaras que te lo merecías, que esa miseria y esa condena eran justas por... —Su voz se proyecta en la siguiente frase, aunque quebrada— no ser el maniquí perfecto que ellos querían para adornar su fachada. Me destrozó cómo esa creencia te había carcomido por dentro. Te abracé y te dije como mejor me salió: “Creo no es verdad lo que te dijo. Quiero creer que quiso advertirte, pero no sé cómo a alguien se le puede ocurrir decirle a alguien algo así, de esa manera. ¿Qué carajo? Aparte, ¿qué tenés que hacer para ser ‘madura’ para ellos? ¿Convertirte en la sombra de ellos?” Me dijiste, de repente: “Me da miedo el color azul”. No sé qué significaba eso, pero... sentí que eso era que tenías miedo de vivir una vida que no querías por seguirlos a ellos. Y yo ya no quiero esa vida para mí y tampoco la quiero para vos, ¿entendés? Eso es lo primero que me acuerdo. Quiero que seamos libres. Ser reales. ¿Vos no querés lo mismo?

Me acerco. La abrazo, dejando que apoye la cara en mi hombro. Algo de su relato me quema el estómago. La humillación descrita suena terriblemente familiar, un recuerdo hundido que el sistema no logró borrar del todo.

Quizás no puedo confirmar qué es real y qué está programado. Pero sí puedo elegir el dolor.

Me separo despacio.

—Aprecio que quieras sacarme de acá —le digo en un susurro. Algo de lo que estoy pensando no suena del todo como yo, pero sigo—. Perdón por dudar de vos. Y gracias por intentar salvarme. Pero... no estoy segura de querer despertar.

El rostro de Alana se desploma de desilusión.

Pasa otro taxi de largo. El tiempo sigue avanzando hacia la medianoche.

—Yo a las doce tengo que regresar al mundo real —suspira, mirando al piso—. Decidí vos.

Pienso en la mesa de Año Nuevo. La familia sentada, el encierro sofocante, el calor, las preguntas que exigen siempre las mismas respuestas de manual. La obligación moral de la alegría.

—¿Podemos quedarnos un rato más acá? —le pido, mirando hacia la calle mojada—. ¿Y salimos a ver los fuegos artificiales juntas?

—Bueno. Pero no voy a llegar a verlos. —¿Qué hora es? —Falta un minuto.

Salimos juntas a la vereda. El cielo está negro, compacto, vacío de estrellas. A lo lejos, las voces de una celebración remota comienzan la cuenta regresiva.

—¡Diez! ¡Nueve!

Miro hacia Alana. Trato de agarrarla del brazo, pero mis dedos atraviesan su campera. Sus zapatillas empiezan a desvanecerse en bloques de píxeles intermitentes.

—Adiós —le susurro.

—¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Feliz Año Nuevo!

El primer fuego artificial explota sobre nosotras. Azul violáceo. Las chispas caen lentamente.

Alana ya no está.

Mi cara cambia cuando la luz de los fuegos parece dividirse, dejando un lado rojo y un lado azul-celeste. Se separan, como si el mundo se estuviera desgarrando. Se difuminan hacia ambos lados, y todo a mi alrededor se empieza a ver así, dividido y distorsionado. La vista se me ondula y creo que voy a vomitar.

Error: código de fallo 808. Inconsistencia en el parámetro "Voluntad" de la usuaria. Datos inesperados detectados. Conciencia estable pero no reseteada. Activando protocolo: repetición desde Punto de control 1...

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Parte 2 — El escape

Estoy de vuelta en la parada. El granizo golpea el techo de chapa. Un sonido constante, monótono. 23:40. La pantalla del celular me avisa que tengo 3% de batería. Es el mismo frío que me entumece los dedos, la misma humedad con olor a basura mojada. A mi lado, Alana está sentada de espaldas al vidrio, encorvada sobre su pantalla, moviendo el dedo con rapidez.

Mi cabeza todavía da vueltas. El eco de las explosiones de los fuegos artificiales, el desgarro de los colores rojo y cian cortando el cielo nocturno, el mensaje de error del sistema. Todo eso pasó hace unos segundos para mí, pero para la parada de taxis no pasó nada.

—Alana —la llamo.

Ella levanta la vista. Abre la boca, parece dudar, la vuelve a cerrar. Exactamente el mismo gesto de la primera vez. La misma rutina. Me froto los brazos para generar algo de calor.

—Decime qué recordás de mí —le pido, yendo directo al punto antes de que empiece con su historia encubierta.

Parpadea. El cambio en el orden de los eventos le genera un retraso visible en los ojos. Un titubeo mecánico. Respira hondo y empieza a hablar. Me cuenta la historia de la plaza. Menciona las palabras de mi mamá, la condena al infierno, el abuso emocional. Pero mientras habla, noto la diferencia. La primera vez, su voz temblaba de furia genuina. Lloraba. Ahora, su tono tiene la textura de un archivo de audio comprimido. Pronuncia las palabras correctamente, pero la rabia está lavada. Es una simulación gastando sus últimos recursos en mantener el personaje.

—...y yo ya no quiero esa vida para mí y tampoco la quiero para vos —termina. Su mirada está fija en mí, carente de ese brillo desafiante.

Me acerco a ella.

—Me dijiste lo mismo, palabra por palabra. Tu rabia se está quedando sin batería.

Alana se paraliza. El aire de la parada de taxis se vuelve más denso. La radio, que hasta hace un segundo pasaba música de fondo, empieza a emitir un zumbido eléctrico molesto que me obliga a taparme los oídos a medias.

—Te creo. Quiero despertar.

La sonrisa de Alana tarda un instante de más en formarse. Sus dientes aparecen antes de que los labios terminen de estirarse.

—Empecemos. Si este mundo quiere mantener la tensión cero, le vamos a dar entropía. Ruido. Cosas que no encajen.

Se vuelve hacia el celular. Tipea con urgencia.

—Mantené la mente alerta. Decisiones impredecibles.

El zumbido de la radio es reemplazado por un sintetizador saturado. El volumen sube hasta hacer vibrar el vidrio de la parada.

"*Darkbeat*"

La música industrial inunda el espacio. Guitarras distorsionadas, voces guturales. Es un caos sonoro diseñado para desestabilizar. Me tapo los oídos por instinto, pero Alana me agarra de las muñecas y me obliga a bajar las manos.

El ruido me golpea físicamente. El asfalto de la calle empieza a vibrar.

—Rompiste la inercia —grita Alana por sobre el ruido—. Ahora tenés que salirte del guion.

Señala mi cuello.

—Sacatelo.

Toco el medallón de San Benito. El frío del metal es la única constante que reconozco.

—Acá no hay demonios, Iris. Solo hay algoritmos. Eso es una bandera blanca.

Me arranco la cinta. El metal cae al piso de cemento. El sonido que hace no es un golpe metálico; suena como un clic de teclado amplificado.

—Ahora te toca a vos —me indica. Los bordes de su cara empiezan a perder nitidez.

Miro la hora. 23:45. Batería al 2%. El granizo sigue cayendo. Pasan los minutos. Me quedo parada, esperando que se me ocurra algo brillante. El frío me entumece los pies. Trato de sacarme una zapatilla y la pateo hacia la calle. Cae en un charco con un chapoteo sordo. Nada cambia. El auto blanco estacionado enfrente ni se inmuta.

23:48. El tiempo se arrastra. Cada segundo es físico. La batería baja al 1%. Si no hago nada, el reloj va a marcar las doce.

Me froto la cara. El frío quema. Tengo que humillarme.

—¿Hay manera de conseguir un traje de oveja? —pregunto.

Alana suelta una carcajada. El sonido salta y se repite en un bucle cerrado, como un disco rayado.

—Mejor hacelo sin el traje.

Me pongo de pie. Las piernas me tiemblan. El pudor me frena, incluso sabiendo que la calle está vacía y que esto es una simulación. Tomo aire, me arrodillo en el suelo sucio de la parada, exttiendo las manos a los lados y empiezo a gritar a todo pulmón:

—*¡Bieeeeeeeen!*

Bailo como una oveja. Me muevo torpemente, agitando los brazos, cantando sobre arcoíris y flores y darle besos a tu mami. Grito hasta que me raspo la garganta. Me arrastro por el suelo húmedo. La humillación me quema las mejillas. Sigo gritando y moviéndome de manera grotesca.

Alana me observa. Su expresión segura vacila.

El farol de la calle parpadea. El graffiti de "Feliz 5052" en la pared de enfrente se deforma, las letras estirándose hacia abajo como pintura fresca bajo la lluvia. El auto blanco cambia de color: rojo, luego cian, luego negro absoluto.

—¡Seguí! —ordena Alana. El tono de su voz perdió todo rastro humano; es pura síntesis de voz mecánica.

Me paro en un pie. Intento recitar el padrenuestro al revés. Me trabo. Empiezo a escupir sílabas inconexas, ruidos guturales, cualquier sonido que ensucie la acústica del lugar. El granizo se detiene en el aire. Las gotas quedan suspendidas frente a mi cara.

Miro mis manos. Los contornos de mis dedos se desdoblan, dejando una estela roja y cian cada vez que me muevo. Respiro con dificultad. El aire se siente pesado, espeso. El cansancio físico es real. Me duele el pecho por el esfuerzo.

—¡Iris! —La cabeza de Alana es ahora un cubo de píxeles naranjas y bordós que rota sobre su propio eje—. EL SIS TE MA...

La voz es un ensamblaje de ruidos estáticos. El avatar se desarma.

—...CO LAP SA.

El piso de la parada desaparece. Una placa negra inmensa se abre bajo mis pies con la palabra "NULL" escrita en blanco. La estructura de chapa de la parada se quiebra en triángulos luminosos que ascienden y desaparecen en la oscuridad del cielo.

La pantalla de mi celular de apaga.

Oscuridad total. Silencio absoluto. Ya no hay granizo. Ya no hay música. Solo mi propia respiración agitada y el ardor en mi garganta.

Protocolo de finalización de ciclo ejecutado. Reactivación de conciencia programada para 00:00:01.

Cierro los ojos, agotada. La humedad del piso todavía me empapa las rodillas. Forcé el final del protocolo. Rompí la inercia. Le gané al guion.

Parte 3 - El segundo escape

Despierto.

No hay granizo, pero el silencio es igual de pesado. Lo primero que noto es la luz: un blanco quirúrgico que rebota en las paredes y me quema las retinas. Intento parpadear para limpiar la vista, pero la distorsión no se va. En el borde de la mesa de luz, una línea roja se desplaza hacia la izquierda y una cian hacia la derecha. Si muevo la cabeza rápido, el mundo deja un rastro, como un video con el *bitrate* demasiado bajo. Cierro los ojos. La aberración cromática sigue ahí, grabada en el reverso de mis párpados. Un error de código que no terminó de borrarse.

—Iris. Gracias a Dios.

Abro los ojos otra vez. Mi mamá está sentada al lado de la cama. Tiene los ojos hinchados y sostiene un rosario negro entre los dedos, pasando las cuentas con un ritmo mecánico que me pone los pelos de punta. Me mira con un alivio que se siente como una soga al cuello. Quiere que esté bien, pero quiere que esté bien bajo sus términos.

Trato de incorporarme. El cerebro manda la orden, pero el cuerpo la ignora. Mis piernas no me duelen; simplemente no están. Envueltas en las sábanas blancas, son dos bultos inertes, ajenos.

—Quedate quieta —me frena, apoyándome una mano pesada en el hombro. Su voz tiene esa dureza que conozco demasiado bien—. No te muevas. Tuviste un accidente muy feo.

Un accidente. Una palabra prolija para borrar a Alana, al Buscaminas y todo lo que de verdad pasó.

Los días se arrastran en una niebla que me impide contar las horas. Mi memoria es un colador: olvido qué almorcé, olvido el nombre del médico, pero el tacto del medallón de San Benito —el que ya no tengo— me sigue quemando la piel del cuello. Mi mamá me trajo ropa de casa. Todo azul, celeste, turquesa. Dice que me hace ver "pacífica". Yo solo veo el color de la simulación.

Una tarde, me deja un libro en la cómoda.

—Te lo mandó una chica de la parroquia. Dice que te va a ayudar a procesar lo que viviste.

Lo miro durante horas sin tocarlo. La tapa es blanca, austera. Título en negro: *Resetear el año*. Lo abro con la desgana de quien espera un folleto piadoso, pero la primera frase me golpea como un choque de frente.

 # Parte 1 — El descubrimiento Bajo del bondi y el granizo me recibe. Las zapatillas se empapan antes de que llegue a la esquina...

Se me corta el aire. El libro me tiembla en las manos. Leo párrafos enteros, mis propios pensamientos, mis diálogos con Alana, el baile de la oveja. Todo diagramado, paginado, con el nombre de una tal Carolina Pezzente en la solapa.

No soy una usuaria en rehabilitación. Soy un conjunto de variables en un archivo `.docx`.

Empiezo a gritar. Mi mamá entra corriendo, pero sus movimientos se ven raros, como si le faltaran fotogramas. La aberración cromática en su contorno es tan fuerte que parece que tiene un aura eléctrica.

—¡Es mentira! —le grito, revoleando el libro—. ¡Está todo acá! ¡Vos estás acá!

Ella me mira con esa lástima insoportable. Para ella, soy yo la que tiene el sistema roto.

—Es el trauma, Iris. Necesitás rezar.

Si la historia funciona como el sistema, tengo que meter ruido. Tengo que romper el texto antes de que el texto me termine de cerrar a mí.

Empiezo a hablarle al aire, a la nada que hay detrás de las palabras.

—¿Me escuchás, Carolina? ¡No me voy a quedar en tu cuentito! ¡Mirá cómo te rompo la página!

Intenté gritar pero las palabras se me escapaban hacia los márgenes. **¿Ves esto?** *¿Y esto?* **ESTO. Vamos, alguna tiene quefuncionar.** *¡Tomá!* **¡Chupate esa margarina!** No, ese fue un chiste muy malo. Pará, ya se...

[NOTA PARA MAQUETACIÓN: El texto anterior debe aparecer fragmentado en la página, con espacios irregulares que rompan el bloque de lectura convencional, emulando la entropía visual de Entropía.pdf]

Espero. Nada. La habitación no se desarma. El hospital sigue ahí, sólido, burlón.

Incluso noto que la letra cambió a Cabin, pero esta vez la bajó de tamaño. Es más chica, más apretada. Una fuente que me encierra los pensamientos. Me pregunto si va a seguir todo el relato así...

—¿Qué pasa, escritora? ¿Te molesta que note la tipografía? ¿Te molesta que vea el truco? Mirá, estoy comentando tu maquetación. ¡Sacame de acá de una vez!

[NOTA PARA MAQUETACIÓN: El pasaje anterior debe presentarse en una fuente distinta a la principal, preferentemente una más mecánica o condensada, y sin volver al estilo estándar, porque a la escritora se le canta.]

Nada. Hablar del mecanismo no es salir del mecanismo.

Unos días después, Alana viene a verme. A la Alana de verdad le faltan los rulos perfectos de la simulación; tiene el pelo recogido en un rodete desprolijo y unas ojeras que le llegan a los pómulos. Se sienta en la silla donde mi mamá reza el rosario.

—Iris —dice, apretándome la mano. Su piel está caliente—. Qué susto nos diste. Qué bueno que te despertaste.

—No volví —le digo, agarrándole los dedos con la poca fuerza que me queda—. Alana, escuchame. Seguimos adentro. Leí el libro. Estamos en una novela de una tal Carolina. Tenés que ayudarme, tenés que meter ruido acá también. Como con el Buscaminas.

Alana parpadea, descolocada. Me mira con una lástima que me revuelve el estómago. No hay complicidad. No hay "Darkbeat".

—Iri... el médico nos avisó que ibas a estar confundida —dice despacio, midiendo las palabras—. Tuviste un golpe en la cabeza muy fuerte. ¿De qué novela me estás hablando?

—¡No me lo estoy inventando! —le grito—. ¡Vos me sacaste! ¡Vos hiciste el código!

Ella retira la mano un poco, como si tuviera miedo de alterarme más.

—Yo no sé nada de códigos, Iris —suspira, y se la ve genuinamente agotada—. Trabajo en la oficina de seguros, ¿te acordás? Vengo a rezar acá con tu mamá casi todas las tardes.

Me quedo helada. La Alana que tengo enfrente no es una hacker. Su pelo está aplastado por el rodete. Su ropa no tiene una sola arruga. La rebelde de rulos que me pedía a gritos que pisara las minas no existe en este hospital. Quizás dejó de existir hace años, tragada por la oficina de seguros y las cosas que se supone que hay que hacer.

Nadie me vino a buscar.

Miro sus manos quietas sobre su regazo. Si ella nunca tocó una máquina... si ella no me pidió que saltara... entonces el ruido, la música, mi esfuerzo agónico en la parada de taxis... todo eso fue decorado. El sistema se apagó cuando tenía que apagarse. Me dejó jugar a que lo rompía, usando la memoria de una amiga que ya no existe para que yo cediera por las buenas.

Miro a la Alana real. Hay un segundo, apenas un parpadeo, en que algo en su cara se quiebra. Me mira como si me reconociera desde un lugar muy lejano, como si una parte de ella supiera que lo que estoy diciendo es verdad. Pero lo apaga rápido. No lo quiere reconocer. Baja la vista y se acomoda el reloj.

—Tengo que irme, Iris. Tengo que volver al trabajo.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

La puerta se cierra detrás de ella. El silencio se asienta sobre la habitación como una capa de ceniza.

Me quedo sola con mis piernas muertas y mi aberración cromática. Capaz ni siquiera importa si la Alana del avatar era real. Capaz lo único que importa es que está escrita. Me miro las manos, buscando el rastro rojo y cian en mis dedos.

—¿Era lo que tenía que pasar? —pregunto a la habitación vacía.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Epílogo

Estoy en la cama. Dejo que mi peso hunda el colchón. Me tapo y me quedo mirando a la pared blanca. Por un momento, pienso que quisiera desaparecer y me imagino rompiéndome la cabeza contra la pared. Pero no me muevo y no me cae una sola lágrima, porque no me sale nada más y porque en el fondo sé que eso no es lo que quiero. Quisiera no desear. Quisiera que me dé lo mismo llegar a la fiesta de fin de año a las 12 o a la 1. Quisiera que me dé lo mismo si termino en el infierno, en el cielo, en el purgatorio, en una dimensión paralela o en una camilla de hospital. Quisiera que me dé lo mismo si para mí o para mi mamá o quien sea soy una inútil o no. Quisiera que me dé lo mismo reirme o llorar. Quisiera no necesitar nada. Porque lo que me toque, me lo voy a tener que bancar, me guste o no. Irónicamente, mi destino es que siempre voy a desear que la vida sea a mi manera, porque se ve que así funciona el cerebro, el alma o lo que sea. Y sin embargo el mundo no gira alrededor de mis expectativas sobre cómo debería funcionar. Quien quiera que haya creado la lógica de este universo y de nuestros valores tiene un humor muy retorcido. Sería mejor si no pensara que es retorcido.

Me destapo. Me levanto, tirada por hilos y con la dificultad de alguien que a pesar de varias semanas de rehabilitación todavía le falta fuerza en las piernas. Camino. Me miro al espejo. La luz se trasluce por las cortinas turquesa, tiñendo la habitación. Apoyo firmemente las manos en los bordes de la cómoda, suspiro y digo, después de recibir una imagen de letras en Cabin 11 pts. de lo que tengo que decir:

—Me da miedo el color azul.

Pongo los ojos en blanco.

Por cierto, Carolina Pezzente, no te conozco pero que sepas que sos una hija de puta. Para escribir por lo menos, para el resto seguro te vas con la cola entre las patas. Aparte de que parecés muy humilde, creyente y optimista porque, si no, no me harías decirte semejante mierda: hace rato que dejé de rezarte porque no me has escuchado nada. Es todo a tu antojo, desde pasarte (un poco) por el culo la consigna que te dieron en el taller de escribir un cuento sin saltos y con hasta 5 resúmenes sobre años nuevos (e igual tampoco inventaste la rueda) hasta si me queda la distorsión cuando me despierto. Hice la entropía, hice la fe, perdí a una amiga que en ya no existe, reescribí tres finales completos para vos pensando que capaz así iba a cambiar algo, y siempre terminamos en el mismo puto lugar. Pensar que hay gente que cree que los artistas son santitos.

No importa cuánto me enoje, no importa cuánto reniegue, patalee o blafeme. La verdad es que la próxima vez que me tire en la cama y mire la pared, voy a volver a desear algo. Y cuando empiece a desearlo, el guión va a aparecer.

El guión tiene la última palabra. Y, después de esa palabra, no hay pulso. Lo único que queda es el silencio. Salvo que leas la historia de nuevo.

“Esperando reactivación por la audiencia desde Punto de control 1. La memoria se va a resetear.”

Carolina, ya lo leí. Gracias por ocultarme un mensaje importante por cuarta vez.

Carolina Pezzente - CC-BY 4.0

Poco a poco, la luz turquesa de la habitación se ensucia. Los bordes de la vista se oscurecen y el centro se tiñe de un marrón neutro, opaco, como tierra seca. Ya no trato de enfocar. Ya no trato de entender. Siento una paz que no tiene nada que ver con la alegría: solo dejo de resistir. No hay nada más que desear. El silencio se vuelve total mientras el color marrón me envuelve por completo, borrando la habitación, el espejo y a mí misma, justo antes de que la historia vuelva a empezar desde el ruido del granizo.